

y siguiendo las banderas
 van diciendo sin pararse:
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Cual tímidas ovejuelas,
 que ven el lobo delante,
 las bellas y hermosas moras
 llenan de quejas el aire;
 y aunque con femenil pecho
 la que más puede más hace:
 pidiendo favor al cielo
 van diciendo por las calles:
 «¡Al arma, capitanes, etc.»
 Acudieron al asalto
 los moros más principales,
 formándose un escuadrón
 del vulgo y particulares;
 contra doce mil cristianos,
 que están talando sus panes,
 toman las armas furiosos,
 repitiendo en su lenguaje:
 «¡Al arma, capitanes,
 »suenen clarines, trompas y atabales!»

XVII

* Zulema

(Anónimo)

Aquel valeroso moro,
 rayo de la quinta esfera,
 aquel nuevo Apolo en paces,
 y nuevo Marte en la guerra;
 aquel que dejó en memoria
 de mil hazañas diversas,

antes de apuntalle el bozo
 por punta de lanza hechas;
 aquel que es tal en el mundo
 por su esfuerzo y por su fuerza
 que sus mismos enemigos
 le bendicen y le tiemblan;
 aquel por quien á la fama
 le importa que se prevenga,
 para contar sus hazañas,
 de más alas y más lenguas:
 Zulema al fin, el valiente,
 hijo del fuerte Zulema,
 que dejó en la gran Toledo
 fama y memoria perpetua;
 no armado, sino galán,
 aunque armado más lo era,
 fué á ver en Ávila un día
 las fiestas como de fiesta.
 En viéndole, la gran plaza
 toda se alegra y se altera,
 que ver en fiestas al moro
 les parece cosa nueva.
 En los andamios reales
 los Adalifes le ruegan,
 que se asiente, aunque se temen
 que á todos les escurezca.
 Bendiciéndole mil veces
 su venida y su presencia,
 le dan las damas asiento
 dentro en sus entrañas mismas;
 pero al fin Zulema en medio
 de los alcaides se sienta,
 que lo fueron por entonces
 de la mayor fortaleza:
 cuando más breve que el viento,
 y más veloz que cometa,

del celebrado Jarama
 un toro en la plaza sueltan,
 de aspecto bravo y feroz,
 vista enojosa y soberbia,
 ancha nariz, corto cuello,
 cuerno ofensible, piel negra.
 Desocúpale la plaza
 toda la más gente de ella;
 sólo algunos de á caballo
 aunque le temen le esperan;
 piensan hacer suerte en él,
 mas fuéles la suya adversa,
 pues siempre que el toro embiste
 los maltrata y atropella.
 No osan mirar á las damas
 de pura vergüenza dellas,
 aunque ellas tienen los ojos
 en otra fiera más fiera.
 Á Zulema miran todas,
 y una disfrazada entre ellas,
 que hace á todas la ventaja
 que el sol claro á las estrellas,
 le hizo señas con el alma,
 de quien son los ojos lengua,
 que esquite aquellos azares
 con alguna suerte buena.
 La suya bendice el moro,
 pues gusta de que se ofrezca
 algo en que á la bella mora
 de sus deseos dé muestra:
 salta del andamio luégo,
 mas no salta, sino vuela,
 que amor le prestó sus alas,
 como es suya aquesta empresa;
 cuando ve que á un hombre el toro
 con piés y manos le huella,

y siendo sujeto al hombre
 agora al hombre sujeta.
 Á pié se parte á librarle,
 y aunque todos le vocean,
 no lo deja, porque sabe,
 que su victoria está cierta.
 Llega al toro cara á cara,
 y con la indomable diestra
 esgrime el agudo alfanje
 haciéndole mil ofensas:
 retírase el toro atrás,
 líbrase el que estaba en tierra,
 grita el pueblo, brama el toro,
 vuelve á aguardarle Zulema.
 Otra vez vuelve á embestille,
 y mejor que la primera
 le acierta, y riega la plaza
 con la sangre de sus venas:
 brama, bufa, escarba, huele,
 anda alrededor, pateo,
 vuelve á mirar quien le ofende
 y de temelle da muestras.
 Tercera vez le acomete,
 echando por boca y lengua
 blanca y colorada espuma,
 de coraje y sangre hecha;
 pero ya cansado el moro
 de verle durar, le acierta
 un golpe, por dó á la muerte
 le abrió una anchurosa puerta:
 levanta la voz el vulgo,
 cae el toro muerto en tierra,
 envidianle los más fuertes,
 bendicenle las más bellas;
 con abrazos le reciben
 los Azarques y Vanegas;

las damas le envían el alma
 á darle la enhorabuena;
 la fama toca su trompa,
 y rompiendo el aire vuela;
 Apolo toma la pluma:
 yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII

Aliatar

(Anónimo)

No con azules tahalies,
 corvos alfanges dorados,
 ni coronados de plumas
 los bonetes africanos,
 sino de luto vestidos
 entraron de cuatro en cuatro,
 del mal logrado Aliatar
 los afligidos soldados:
 «Tristes marchando,
 »Las trompas roncadas, los tambores destemplados.»
 La gran empresa del Fénix
 que en la bandera volando
 apenas la trató el viento
 temiendo el fuego tan alto,
 ya por señas de dolor
 barre el suelo y deja el campo,
 arrastrado entre la seda
 que el Alférez va arrastrando:
 «Tristes, etc.»
 Salió el gallardo Aliatar
 con cien moriscos gallardos
 en defensa de Motril

y socorro de su hermano.
 Á caballo salió el moro,
 y otro día desdichado
 en negras andas le vuelven
 por donde salió á caballo.
 «Tristes, etc.»
 Caballeros del Maestre,
 que en el camino encontraron,
 encubiertos de unas cañas
 furiosos le saltaron;
 hiriéronle malamente,
 murió Aliatar mal logrado,
 y los suyos, aunque rotos,
 no vencidos se tornaron:
 «Tristes, etc.»
 ¡ Oh cómo lo siente Zaida!
 ¡ Y cómo vierten, llorando
 mas que las heridas sangre,
 sus ojos aljófara blanco!
 Dílo tú, Amor, si lo viste:
 más ¡ ay que de lastimado
 diste otro nudo á la venda,
 por no ver lo que ha pasado!
 «Tristes, etc.»
 No sólo le lloró Zaida;
 pero acompañanla cuantos
 del Albaicín á la Alhambra
 beben de Genil y Darro;
 las damas como á galán,
 los valientes como á bravo,
 los alcaldes como á igual,
 los plebeyos como á amparo:
 «Tristes marchando
 »Las trompas roncadas, los tambores destemplados.»

XIX

Azarque de Ocaña

(Anónimo)

Ocho á ocho y diez á diez
 Sarracinos y Aliatares
 juegan cañas en Toledo
 contra Adalifes y Azarques.
 Publicó fiestas el Rey
 por las ya juradas paces
 de Zaide, rey de Belchite,
 y del valenciano Tarfe.
 Otros dicen que estas nuevas
 al Rey sirvieron de achaque,
 y que Celindaja ordena
 sus fiestas y sus pesares.
 Entraron los Sarracinos
 en caballos alazanes,
 de naranjado y de verde
 marlotas y capellares:
 en las adargas traían
 por empresas sus alfanjes
 hechos arcos de Cupido,
 y por letra: «Fuego y sangre.»
 Iguales en las parejas
 les siguen los Aliatares,
 con encarnadas libreas
 llenas de blancos follajes.
 Llevan por divisa un cielo
 sobre los hombros de Atlante,
 y un moro Aliatar diciendo:
 «Tendréle cuando se canse.»
 Los Adalifes siguieron

muy costosos y galanes,
 de encarnado y amarillo,
 y por mangas almaizares.
 Era su divisa un mundo
 que le deshace un salvaje,
 y un mote sobre un bastón
 en que dice: «Fuerzas valen.»
 Los ocho Azarques siguieron
 más que todos arrogantes,
 de azul, morado y pajizo
 y unas higas por plumajes.
 Sacaron adargas verdes
 y un cielo azul en que se arden
 dos manos, y el mote dice:
 «En lo verde todo cabe.»
 No pudo sufrir el Rey
 que á sus ojos le mostrasen
 burladas sus diligencias,
 y su pensamiento al traste;
 y mirando la cuadrilla,
 le dijo á Celín, su alcaide:
 —Aquel sol yo le pondré,
 pues contra mis ojos sale.—
 Azarque tira bohordos
 que se pierden por el aire,
 sin que conozca la vista
 á dó suben ni á dó caen.
 Como en ventanas comunes
 las damas particulares,
 sacan el cuerpo por verle
 las de los andamios reales.
 Si se alarga ó se retira
 de mitad del vulgo sale
 un gritar: —Alá te gué;—
 y del Rey, un —muera, dadle.—
 Celindaja sin respeto

al pasar, por rocialle
 un pomo de agua quebró,
 y el Rey gritó:—Paren, paren.—
 Creyeron todos que el juego
 paraba por ser ya tarde,
 y repite el Rey celoso:
 —Prendan al traidor Azarque.—
 Las dos primeras cuadrillas,
 dejando cañas aparte,
 piden lanzas, y ligeros
 á prender al moro salen;
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 Las otras dos resistían,
 si no les dijera Azarque:
 —Aunque amor no guarda leyes,
 hoy es justo que las guarde:
 rindan lanzas mis amigos,
 mis contrarios lanzas alcen,
 y con lástima y victoria
 lloren unos y otros canten:
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 Prendieron en fin al moro,
 y el vulgo para librarle
 en corrillos diferentes
 se divide y se reparte;
 mas como falta caudillo
 que los incite y los llame,
 deshácense los corrillos,
 y su motín se deshace:
 »que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 Sola Celindaja grita:
 —¡Libradle, moros, libradle!—
 Y de su balcón quería

para librarle arrojarse:
 su madre se abraza de ella,
 diciendo:—Loca, ¿qué haces?
 Muere sin dallo á entender,
 pues por tu desdicha sabes,
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 Llegó un recado del Rey
 en que manda que señale
 una casa de sus deudos,
 y que la tenga por cárcel.
 Dijo Celindaja:—Digan
 al Rey, que por no trocarme,
 escojo para prisión
 la memoria de mi Azarque;
 «y habrá quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»
 ¡Ay Toledo, que otros días
 te llamaban los Alarbes
 venganza de alevos pechos,
 y hoy lo has sido de leales!
 Murmure Tajo en sus ondas
 hasta que en el mar se lance;—
 Y sin que dijese más
 la llevó presa el alcaide;
 «que no hay quien baste
 »contra la voluntad de un Rey amante.»

XX

X El español de Orán—I

(De D. Luis de Góngora)

Servía en Orán al Rey
 un español con dos lanzas
 y con el alma y la vida

á una gallarda africana,
 tan noble como hermosa,
 tan amante como amada,
 con quien estaba una noche
 cuando tocaron al arma.
 Trecientos cenetes eran
 deste rebato la causa,
 que los rayos de la luna
 descubrieron las adargas;
 las adargas avisaron
 á las mudas atalayas;
 las atalayas los fuegos;
 los fuegos á las campanas,
 y ellas al enamorado
 que, en los brazos de su dama,
 oyó el militar estruendo
 de las campanas y cajas.
 Espuelas de honor le pican,
 y freno de amor le pára:
 no salir es cobardía,
 ingratitud es dejarla.
 Del cuello pendiente ella,
 viéndole tomar la espada,
 con lágrimas y suspiros
 le dice aquestas palabras:
 —Salid al campo, señor,
 bañen mis ojos la cama,
 que ella me será también
 sin vos, campo de batalla.
 Vestíos, salid apriesa,
 que el general os aguarda,
 y os hago á vos mucha sobra,
 y vos á él mucha falta.
 Bien podéis salir desnudo,
 pues mi llanto no os ablanda,
 que tenéis de acero el pecho,

y no habéis menester armas.—
 Viendo el español brioso
 cuánto le detiene y habla,
 le dice así: —Mi señora,
 tan dulce como enojada,
 porque con honra y amor
 yo me quede, cumpla, y vaya,
 vaya á los moros el cuerpo,
 y quede con vos el alma.
 Concededme, dueño mío,
 licencia para que salga
 al rebato, en vuestro nombre,
 y en vuestro nombre combata.—

XXI

El español de Orán—II

(De D. Luis de Góngora)

Entre los sueltos caballos
 de los vencidos cenetes
 que por el campo buscaban
 entre lo rojo, lo verde,
 aquel español de Orán,
 un suelto caballo prende,
 por sus relinchos lozano
 y por sus cernejas fuerte,
 para que lo lleve á él,
 y á un moro cautivo lleve,
 que es uno que ha cautivado
 capitán de cien cenetes.
 En el ligero caballo
 suben ambos, y él parece,
 de cuatro espuelas herido,
 que cuatro vientos le mueven.